

LA PALEOANTROPOLOGÍA EN EUROPA Y LA BÚSQUEDA DEL HOMBRE TEMPRANO EN MÉXICO DURANTE EL SIGLO XIX

Zaid Lagunas Rodríguez

Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro INAH-Puebla, Avenida de Los Fuertes S/N, Centro Cívico 5 de Mayo, Los fuertes, Puebla de Zaragoza, Puebla. CP 72270

✉ zaidlagunas@yahoo.com.mx

Resumen

Se dan a conocer los descubrimientos de restos fósiles y trabajos paleoantropológicos realizados en Europa durante el siglo XIX, los cuales tuvieron lugar gracias a los conocimientos que habían alcanzado en ese momento, la geología, estratigrafía y paleontología, y al advenimiento de la teoría de la evolución de Darwin-Wallace, y a los hombres de ciencia como Thomsen, Lubbock, Piette, Boule, entre los que destaca Boucher de Pertes, interesados en conocer el origen del hombre. Así como la influencia que dichas ciencias y teoría tuvieron en los investigadores mexicanos atraídos por conocer el origen del hombre americano, algunos de ellos buscaron evidencias tangibles que comprobaran su existencia, otros desde el punto de vista teórico, entre éstos, destaca la genialidad de I. Ramírez. Se señala también la influencia que tuvieron los investigadores franceses como Hamy, Boban y Dutrelaine, en ciertos investigadores nacionales tales como Orozco y Berra, Chavero, Bárcena y Herrera, a raíz de la invasión francesa (1862-1867).

Palabras clave: Paleoantropología, Europa, hombre temprano, México.

Abstract

The discoveries of fossil remains and paleoanthropological works carried out in Europe during the nineteenth century are made known, which took place thanks to the knowledge they had reached at that time, geology, stratigraphy and paleontology, and the advent of the theory of evolution of Darwin-Wallace, and to men of science such as Thomsen, Lubbock, Piette, Boule, among which Boucher de Pertes stands out, interested in knowing the origin of man. As well as the influence that these sciences and theory had on Mexican researchers attracted by knowing the origin of the American man, some of them looked for tangible evidence to prove their existence, others from the theoretical point of view, among these, the genius of I. Ramírez stands out. It also points out the influence that French researchers such as Hamy, Boban and Dutrelaine had on certain national researchers such as Orozco and Berra, Chavero, Bárcena and Herrera, following the French invasion (1862-1867).

Keywords: Paleoanthropology, Europe, early man, Mexico.

INTRODUCCIÓN

La búsqueda del origen de la humanidad es el tema de estudio de la paleoantropología, disciplina derivada de la simbiosis entre la antropología física y la paleontología. Es conveniente señalar que lo que ahora conocemos como paleoantropología, se conocía como paleontología humana, término usado por primera vez por Marcel de Serres en 1853, pero como veremos, se considera a E. Lartet (1858) como el principal impulsor de esa ciencia en su época.

El estudio de la historia evolutiva del hombre, se aborda a

través de tres enfoques: el primatólogo, estudio de la biología y etología comparada con los primates no humanos actuales; el genético a partir del ADN fósil, que estudia el proceso evolutivo y diversidad biológica humanas mediante el análisis del material genético contenido en las células, y el paleoantropológico, que se entiende como el estudio de los restos fósiles óseos de los seres que nos precedieron en el tiempo (Lagunas, 2002), el cual:

“[...] ha permitido en nuestros días un conocimiento aceptable del largo proceso adaptativo mediante cambios físicos y

de comportamiento, que han llevado al surgimiento del hombre actual, partiendo de los prehomínidos del Mioceno hasta el *Homo sapiens* reciente, que es nuestro antepasado inmediato” (Lagunas, 2002).

Pero a diferencia de un hueso fósil, el genoma no únicamente representa un momento del pasado, además contiene la historia sucesiva de nuestros antepasados desde los tiempos más remotos hasta el momento actual.

La mayor contribución de la paleoantropología se refiere al conocimiento de las características morfológicas óseas (aparición física), de los seres que se encuentran en la filogenia humana, así como otorgar temporalidad, en millones de años, al estudio de la evolución humana y dar testimonio a través de los restos fósiles de la creciente complejidad orgánica de nuestra propia especie: *Homo sapiens sapiens* (hombre que piensa), u hombre anatómicamente moderno.

Nuestro propósito en esta ocasión, es dar a conocer el interés que tuvieron algunos estudiosos europeos por indagar a cerca de los orígenes del ser humano; quiénes fueron los hombres de ciencia que se interesaron en la búsqueda del “hombre temprano” en nuestro país, y cuál era el panorama general durante el siglo XIX, tanto en Europa como en México.

LA PALEOANTROPOLOGÍA EN EUROPA EN EL SIGLO XIX

Los conocimientos en el campo de la geología, estratigrafía y paleontología, permitieron multiplicar los testimonios tangibles del origen del hombre. Esto fue posible a pesar de la actitud negativa de los científicos que representaban la ciencia oficial, encabezados por Jean B. L. Elie de Beaumont (1798-1874), en Francia y William Buckland (1784-1856), en Inglaterra, que trataron de evitar el avance de esta ciencia (Comas, 1976).

A dicho avance, a decir de Comas (1976), contribuyeron ciertos acontecimientos acaecidos en este periodo histórico, ellos fueron:

- a) La reavivación de la tesis transformista.
- b) Los primeros hallazgos que plantean la cuestión de la antigüedad del ser humano en la tierra.
- c) La fundación de las sociedades antropológicas nacionales.
- d) El inicio de los congresos internacionales de antropología.

Otro punto de gran importancia fueron los adelantos en el conocimiento geológico, principalmente los estudios de Lyell plasmados en su libro: Principios de Geología (1830-1833), del cual se nutrió Darwin durante su viaje alrededor del mundo en

el *Beagle* (1830-1836) (Calvo, 2011). Con anterioridad en la última década del siglo XVIII, en el año 1791, el agrimensor William Smith, había observado “que las rocas estaban dispuesta en capas o estratos más o menos bien definidos” y que los estratos de composición análoga, aunque localizados en diferentes sitios contenían los mismos tipos de fósiles, los cuales los caracterizaban, esto dio origen a las primeras cronologías relativas (Sánchez, 1978). También se suma el tesón de algunos investigadores que no cesaron en su interés por conocer el origen del ser humano, entre ellos destacan en esa época C. J. Thomsen, director del Real Museo Danés de Antigüedades desde 1816 a 1865, que por sus trabajos puede considerarse historiador, paleontólogo y arqueólogo, recurrió en sus estudios a los métodos de la geología y por supuesto de la paleontología, estableció una cronología relativa de los tiempos prehistóricos basada en el desarrollo de la industria humana (Comas, 1976). Su clasificación comprendía “tres edades”: “edad de piedra”, luego “edad del bronce” y por último la “edad del hierro”. Fue secundado en su intento por J. J. Forchhammer, J. Jacob A. Worsaae y Japetus Steenstrup (Comas, 1976). Fue Lubbock quien en 1866 subdividió la Edad de la Piedra en “[...] Edad de la Piedra tallada o antigua (Paleolítico) y Edad de la Piedra pulida o nueva (Neolítico). Según los trabajos de Piette en los Pirineos, una nueva fase intermedia fue intercalada entre ambas, el Mesolítico” (Sonneville-Bordes, 1964). Esta cronología sirvió de base a posteriores ensayos (Sánchez, 1978).

A los investigadores anteriormente citados, les siguieron Paul Tournai, cuyos estudios de los hallazgos en la caverna de Bize, Aude, Francia, lo llevaron a escribir “La géologie viendra réveiller l'orgueil humain, [...], car la géologie seule peut désormais nous donner quelques notions sur l'époque de la première apparition de l'homme sur le globe terrestre” (La geología vendrá a revelar el origen humano, [...] porque sólo la geología podrá en adelante darnos alguna noción sobre la época de la primera aparición del hombre en el globo terrestre). Como resultado de sus exploraciones en 1829, Pierre Charles Schmerling (1791-1836), publicó en 1833 un trabajo en el que demostró la contemporaneidad del hombre con mamíferos extintos. Fue el primero en encontrar restos fósiles del hombre, distinguió dos especies: *Homo neandertalensis* del Musteriense y *Homo sapiens* del Auriñaciense, ambos encontrados en la cueva de Engis, cerca de Lieja, Francia (Comas, 1976). A estos nombres, según Sonneville-Bordes (1964) se pueden agregar los de Jouannet (1816), Buckland y Mac Erny (1820), G. de Martillet (1869), Boule (1888) y Piette (1889).

Boucher de Perthes (1783-1868), es considerado como el principal autor en delimitar la etapa científica de la Prehistoria. En su folleto *De la création: essai sur l'origine et la progression des êtres* (De la creación: ensayo sobre el origen y la progresión de los seres), publicado en 1838, aludía a la existencia del hombre “antediluviano” y su contemporaneidad con la fauna extinta, gracias al hallazgo de implementos líticos junto a restos óseos de grandes animales que sólo podían ser obra de hombres primitivos, mediante sus excavaciones en los aluviones del Soma en Abbeville, por lo tanto, muy anterior a los más remotos periodos de la historia contemporánea, con lo cual puso fin al escepticismo general. Le tomó quince años de lucha contra la ciencia oficial para hacer admitir su idea y todavía para imponerla en Francia, tuvo que apoyarse en la autoridad de sabios como Lartet, De Mortillet, Piette, Cartailhac, Capitan, entre otros, y de sabios ingleses como John Evans y Boyd Dawkins (Arambourg, 1961; Sonnevile-Bordes, 1964).

Rigollot, hasta 1854, se había mostrado escéptico de la tesis de Boucher de Perthes, pero al realizar excavaciones en Saint-Acheul, encontró hachas de mano, lo que le hizo rectificar su opinión y se convirtió en fiel partidario de la antigüedad “antediluviana” del ser humano.

El primer fósil de neandertal, fue encontrado en 1848 durante una excavación en el peñón de Gibraltar; se trataba de una calota craneana (parte superior del cráneo que carece de la región facial y la base), junto con algunos huesos de las extremidades, de la cual nadie se ocupó. Fue a parar a un oscuro museo local, donde permaneció durante 15 años antes de ser enviada a Inglaterra. Carente de algún testimonio de su antigüedad, sólo podía ser evaluada sobre la base de su morfología, de su apariencia física, la cual, en contraste con el cráneo de un hombre moderno, ligero, muy abovedado, de frente lisa, el cráneo de neandertal era alargado, bajo, con una protuberancia en su parte posterior (*chignon*), con arcos superciliares sobresalientes (*torus supraorbitario*).

La calota dio lugar a una acalorada discusión, en la cual intervinieron diversos investigadores. Por un lado estaban George Busk y Friederick Mayer, ambos destacados anatomistas, que consideraban que las peculiaridades del cráneo representaban únicamente alteraciones patológicas en un espécimen moderno, por el otro, ahora apoyados en la obra de Darwin, quienes creían que el hombre de Neanderthal representaba en verdad un nexo con un periodo anterior de la evolución humana; entre éstos destaca Thomas Henry Huxley (el “bull-dog” de Darwin), quien recalcó el tamaño de su cerebro, alrededor de 1200 ml, con lo cual caía a la perfección dentro de los

límites humanos, muy por encima incluso del mayor antropoide, y William King que admitió al espécimen dentro de nuestro propio género como *Homo neanderthalensis*. Al llegar a Inglaterra le tocó a Busk describirlo, remarcó las semejanzas entre los especímenes de Gibraltar y Neanderthal, pero R. Virchow volvió a la patología para explicar las peculiaridades anatómicas de la calota de Neanderthal (Eldredge y Tattersall, 2016).

Sólo después de que fueron descubiertos otros muchos esqueletos que mostraban esencialmente iguales características (e.g. Spy, Bélgica en 1886; La Chapell-aux-Saint, Francia en 1908; La Ferrassie en 1909 y La Quina, Francia en 1911), se tornó incontrovertible la antigua existencia de una población definida de Neanderthal (Eldredge y Tattersall, 2016).

Los más famosos fósiles de apariencia moderna fueron cinco esqueletos hallados en el abrigo rocoso de Cro-Magnon, localidad próxima a Les Eyzies, Francia, en 1868. Se discutió si habían sido enterramientos o no, pero no había duda de que su asociación con restos de fauna extinta y herramientas paleolíticas, por lo que su antigüedad no fue puesta en duda. En cambio, los neandertales siguieron siendo considerados como anómalos y conforme se fueron acumulando hallazgos de Cro-Magnon, Neanderthal fue visto como una extravagancia, una anomalía. Se dio el caso de que hallazgos de fósiles de Cro-Magnon positivamente asociados con restos de animales extintos, se adelantaran a los de tipo Neanderthal, accidente histórico que sólo sirvió para reforzar aquella actitud (Eldredge y Tattersall, 2016).

Nueve años más tarde (1872) del hallazgo del cráneo de Gibraltar, se encontraron los restos del Hombre de Neanderthal, por trabajadores de una cantera de piedra caliza en el valle Neander (de ahí su nombre), por el cual fluye el río Düssel a poca distancia de su confluencia con el Rhin en Düsseldorf, Alemania, los famosos restos correspondían a una calota y algunos huesos de los miembros de un individuo que posteriormente recibió el nombre de Neanderthal, los restos fueron examinados por el doctor Fuhlrott, quien los mostró al profesor Schaaffhausen, quien a su vez los dio a conocer en una asamblea de la sociedad Médica y de Historia Natural del Bajo Rhin, en 1857, convencido de que los restos eran muy antiguos. Su autenticidad como representante del género *Homo* fue negada por un sector de opinión encabezados por R. Virchow; en tanto T. H. Huxley hizo de dicho hallazgo una calurosa y bien documentada defensa científica (Comas, 1976; Reader 1982; Eldredge y Tattersall, 2016).

Aún hoy en día, los neandertales siguen siendo objeto de gran discusión, ya no en cuanto a ser considerados como bru-

tos, carentes de inteligencia y de lenguaje, sino como una especie distinta a la nuestra; sin embargo, se ha demostrado mediante estudios de ADN fósil que en ciertos casos hubo intercambio genético entre ambas formas humanas, dándose el caso que en Europa muchos individuos conservan genes de neandertal. El neandertal, pues, es parte de nuestra humanidad.

En 1858, W. Pengelly llevó al cabo exploraciones en la cueva de Brixham, Torquay, Inglaterra, donde recolectó instrumentos líticos junto con restos de mamíferos extintos. Su trabajo fue leído en la *British Association at Leeds*, a partir de aquí, la idea del hombre prehistórico en Inglaterra adquirió gran impulso gracias a que encontró el decidido apoyo de C. Lyell, J. Prestwich y R. Owen, entre otros (Comas, 1976).

En este mismo año (1858) el paleontólogo inglés Hugh Falconer, después de visitar los yacimientos de Abbeville explorados por Jaques Boucher de Crevecoeur de Perthes, expresó su coincidencia con éste al decir entre otras cosas, que la industria allí encontrada refuta la idea de la no aceptación de la asociación con animales ahora extintos. Por sugerencia de H. Falconer, los eminentes científicos ingleses Joseph Prestwich, John Evans, Charles Lyell y Arthur J. Evans, también visitaron los yacimientos de Abbeville, ante estas pruebas reconocieron y aceptaron el punto de vista, tan discutido, de Boucher de Perthes. Un año después (1859), el especialista inglés J. Prestwich y el paleontólogo francés Albert Gaudry, dieron a conocer sus importantes trabajos sobre estas cuestiones, en ellos hacen mención de la asociación de implementos líticos y la contemporaneidad de la especie humana con especies animales extintas (Comas, 1976). En 1863, el destacado geólogo inglés Charles Lyell, publicó su famosa obra: *The geological evidences of the Antiquity of Man, with Remarks on Theories of Origin of Species by Variations* (Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre, con énfasis en las teorías del origen de las especies por variación), obra que contribuyó en gran manera a reafirmar la antigüedad del ser humano sobre la tierra (Calvo, 2011).

Edouard Lartet (1801-1871), fue el primero en describir las formas fósiles de monos antropomorfos, a los que denominó *Pliopithecus* y *Dryopithecus*. El 19 de marzo de 1860 dirigió a la Academia de Ciencias de Francia una comunicación titulada *Sur l'ancienneté géologique de l'espèce humaine dans l'Europe occidentale* (Acerca de la antigüedad geológica de la especie humana en la Europa occidental), la Academia rehusó su publicación, en contraparte, fue acogida favorablemente en el extranjero, donde se publicó en la revista *Quarterly Journal* de

la Sociedad Geológica de Londres y en los *Archives de Sciences de la Bibliotheque Universal de Genève*; al año siguiente publicó *Nouvelles recherches sur la coexistence de l'homme et des grands mammiferes fossiles réputés caractéristiques de la dernier époque géologique* (Nuevas investigaciones sobre la coexistencia del hombre y los grandes mamíferos fósiles considerados característicos de la última época geológica), complemento del anterior en el que dio a conocer los resultados de sus exploraciones en la estación de Aurignac. Entre 1860 y 1864, Lartet exploró también las cavernas prehistóricas de Massat, Ariège, Bruniquel, Tarn-et-Garonne y el valle de Vezère, Dordogne, donde descubrió en *La Madeleine* el famoso mamut grabado en una placa de marfil, prueba incontestable de la contemporaneidad del hombre con esa especie del Pleistoceno (Comas, 1978). Poco después, E. Dupont, descubrió la famosa mandíbula neandertalense en La Naulette, Bélgica, mediante excavaciones realizadas entre 1865-1866, en "*Les cavernes des bords de la Lesse*", Bélgica (Comas, 1978).

En 1888, se halló un espécimen en Galley Hil, cerca de Londres, descubierto en depósitos que al parecer eran de principios del Pleistoceno "[...] pero en vista de que en nada difería del hombre plenamente moderno, fue tenido como un enterramiento relativamente reciente, incrustado en depósitos más antiguos." (Eldredge y Tattersall, 2016). Sin embargo, Artur Keith (uno de los anatomistas más influyente de su tiempo), sostuvo la antigüedad del esqueleto y con ello su estatus como testimonio de la extrema antigüedad del hombre anatómicamente moderno (Eldredge y Tattersall, 2016).

El joven médico Eugene Dubois, influenciado por los descubrimientos de restos fósiles en diversos lugares de Europa occidental y la idea prevaleciente del "eslabón perdido", consideraba que el ser humano debía de haber surgido en Asia, por lo tanto, era ahí en donde debía buscarlo. Como consecuencia decide enrolarse en el ejército holandés como médico militar y es enviado a la Isla de Java, donde realizó excavaciones a orillas del río Solo en los años 1891 y 1892, donde halló parte de una calota semejante a la de un hombre, dos dientes y un fragmento de mandíbula, cinco fémures y numerosos fósiles de fauna extinta, cerca de la localidad de Kendog-Brubus; todos ellos recolectados en la misma formación estratigráfica conocida como Capa Trinil, elementos mucho más primitivos que los que se habían descubierto hasta entonces. A estos restos Dubois los nombró primero, como *Anthropopithecus* y después consideró que habían pertenecido a un hombre simiesco, por lo que su designación original se tornó en *Pithecanthropus erectus* (hombre mono erguido: del griego *pithecos*, mono y *anthro-*

pos, hombre) (Arambourg, 1961; Reader, 1982).

Así, paralela y mancomunadamente con la Prehistoria, la paleontología humana (hoy paleoantropología) se incluye como último capítulo de la paleontología general, capítulo en que se inscriben los nombres de Vernau, Testud, Hamy, Martin y especialmente Marcellin Boule, Dubois, Fraipont, Woodward y Davison Black (Arambourg, 1961).

Otra cuestión más que hay que agregar, es la creación de diversas sociedades científicas como la *Société d'Anthropologie* de París (1859), primera en su género y la *Anthropological Society of London* (1863) y muchas otras más en Alemania, Rusia, Italia, España, etcétera, que propiciaron la realización de congresos internacionales, en los que se discutieron los problemas relativos al origen del Hombre y el significado de los diferentes hallazgos de restos fósiles (Comas, 1976); al respecto este mismo autor opina:

“[...] gracias a los congresos se pudo, desde 1866, ampliar considerablemente el radio de conocimientos sobre tan interesante punto; fueron el vehículo de intercambio de materiales, de ideas, de hipótesis, que permitió una crítica directa y constructiva de diversas opiniones e interpretaciones. Y logró dar a la ciencia antropológica enfoque y perspectivas mundiales que, de otro modo, hubiera sido difícil o por lo menos tardío, conseguir” (Comas, 1976).

La determinación del tiempo geológico es de suma importancia en distintos campos científicos, como el arqueológico, paleontológico y paleoantropológico, motivo por el cual, diversos pensadores se han ocupado de dilucidar tal problema. Algunos de ellos se basaron en las fechas de ciertos acontecimientos bíblicos, como Martin Lutero (1483-1546) que propuso la edad de la Tierra en 4,000 años aC, otro más fue el reverendo James Ussher (1581-1656), arzobispo de Armagh, quien se basó en la numerología del antiguo testamento, concluyendo que la Creación tuvo lugar en el año 4,004 aC. John Lightfoot director del *St. Catherine's College* (Cambridge, Inglaterra), fue más allá en sus cálculos tratando de dar precisión a los de Ussher, consideró que la Tierra había sido creada el sábado 23 de octubre del año 4,004 aC, a las 9 de la mañana (Leakey y Lewin, 1980).

Uno de los primeros en atribuir al hombre mayor antigüedad en el siglo XVIII fue Buffon (1707-1778), quien propuso que hace unos 75,000 años la Tierra adquirió su temperatura actual y en unos 15,000 años inició la vida sobre la misma, contrariando así la doctrina eclesiástica (Comas, 1976; Sánchez, 1978).

Se han hecho en términos geológicos numerosos intentos por determinar con cierta aproximación la duración de las eras

y períodos en que se considera dividida la vida terrestre. Los métodos van desde la velocidad de erosión y sedimentación; tiempo que tardó el mar en adquirir su salinidad actual; pasando por el supuesto enfriamiento de la Tierra; el tiempo de evolución orgánica, hasta los más recientes que se basan en el tiempo de desintegración de los elementos radiactivos (e.g. Potasio-Argón, K-Ar; Uranio-238 y el más estudiado el Carbono 14 o ^{14}C).

Las distintas cronologías, obtenidas por diversos métodos y autores, difieren en mayor o menor medida pues los cálculos están sujetos a oscilaciones de gran magnitud, tanto mayores cuanto más nos alejamos en el tiempo. Tales métodos no difieren mucho por lo que se refiere a la temporalidad del Pleistoceno, que es el periodo cuando surgen múltiples organismos cuyas características los acercan a nosotros, y se da el surgimiento de los homínidos y dentro de ellos el *Homo sapiens*. Así, el Pleistoceno se calcula actualmente en aproximadamente 2.58 millones a 11,700 años, aunque algunos seres del género *Homo*, se sitúan alrededor de los cinco y seis millones de años, esto es a fines del Mioceno principios del Plioceno (Shreeve, 2010).

BÚSQUEDA DEL HOMBRE TEMPRANO EN MÉXICO EN EL SIGLO XIX

Para el continente Americano no se puede hablar de paleoantropología propiamente dicha, ya que este continente fue poblado por el *Homo sapiens* en su fase tardía, esto es, llegó a él con los rasgos físicos que nos caracterizan como especie y su antigüedad a partir de los conocimientos actuales, no va más allá de los 20 mil años, si acaso 30 mil años aC. (Lagunas 2010; Lorenzo, 1987), pero sí de una “Prehistoria americana”. En México, a esa época se le ha denominado “Precerámica” y a los restos óseos humanos en ella ubicados se consideran como pertenecientes al “Hombre temprano” o “Precerámico” (Romano, 1974; Jiménez López *et alii*, 2006).

Manuel Gamio de manera rotunda afirmaba que no hay prehistoria mexicana, y que “[...] puede hacerse tal afirmación, sin temor a incurrir en despropósitos. Sin embargo, no han faltado hipótesis más o menos absurdas sobre la existencia del hombre prehistórico mexicano: 'el hombre del Peñón', 'el hombre de Tequixquiac', 'el hombre de Chapala' y quien sabe cuántos otros fantásticos hombres fueron puestos a discusión, lo que si hace un cuarto de siglo era disculpable, hoy resulta inadmisibles y ridículo” (Gamio, 1982).

A pesar de las palabras lapidarias de Gamio que habrían llevado a los investigadores a no continuar con las investigacio-

nes sobre los primeros seres humanos que pisaron lo que hoy conocemos como continente Americano, los trabajos sobre este tema continuaron, de no ser así no sabríamos lo que hoy en día sabemos sobre este problema.

Por su parte, Aleš Hrdlička no se quedó atrás en su forma de pensar respecto a la antigüedad del hombre Americano:

“After all the preceding, there appears only one possible answer that physical anthropology can give to the question posed in the title of this discussion. This is, that so far as human skeletal remains are concerned, there is, to this moment, no evidence that would justify the assumption of any great, i. e., geological antiquity” (Hrdlička, 1937, en Genovés et alii, 1981).

A lo cual comentan Genovés et alii: “La lapidaria frase de Hrdlička [...] cortó muchas ilusiones y tampoco tuvo la virtud de ayudar a un estado de cosas que, aunque tan real entonces como ahora. No debería inhibir el estudio serio y valioso del hombre temprano en América”. Lo comentado con relación a lo expresado por Gamio, bien puede aplicarse a lo dicho por Hrdlička.

Aunque hay que admitir, que si bien la paleoantropología ha tenido gran auge en el Viejo Mundo, sobre todo en África en los últimos años, no así los estudios sobre el hombre temprano o precerámico en América. Sin embargo, nuevos hallazgos y estudios de industria lítica y de restos óseos, han permitido ahondar en el conocimiento de los seres humanos más antiguos de México, tanto en su aspecto físico como en su antigüedad, a lo cual han contribuido las nuevas técnicas de excavación y los nuevos métodos de datación (Romano, 1974; González et alii, 2006).

Hoy en día los hallazgos referidos al hombre temprano en nuestro país aún son escasos, pero no por ello menos importantes; para el siglo XIX únicamente se contaba con siete, que son mencionados por el arqueólogo Luis Aveyra Arroyo de Anda (1962), uno de los investigadores más interesados en las evidencias dejadas por los primeros pobladores de nuestro país. Este autor cita los hallazgos por estados de la República, inicia por los norteños.

En el presente trabajo los hallazgos correspondientes al siglo XIX se ordenaron cronológicamente según el año de su descubrimiento y se conservó el número que precede a cada sitio en el catálogo original de Aveyra, dicho número se da al final de cada localidad con la finalidad de que se pueda identificar fácilmente en su publicación y consultar la información respectiva (Figuras 1 y 2, Cuadro 1).

1. Guanajuato. En la cañada de Marfil, en las inmediaciones de la ciudad de Guanajuato (Figura 1, localidad 24), entre 1864 y 1867, se realizó el hallazgo de una punta de proyectil (“lanza”), tallada en sílex, en los depósitos fosilíferos del Pleistoceno superior. Fue descrita en su momento por Hamy en 1878 y 1884 (Cuadro 1; No. 24).

2. Distrito Federal. En el cerro de las Palmas, en Tacubaya (Figura 2, localidad 10); se encontró una raedera de sílex hallada *in situ* a ocho metros de profundidad, en depósitos del Pleistoceno que contenían numerosos fósiles de proboscideo. El descubrimiento se realizó entre 1864-1868, por Eugène Boban y M. Dutrelaine. Fue estudiada primeramente por Hamy en 1878 y 1884 (Cuadro 1: No. 52).

3. Zacatecas. Este hallazgo se realizó hacia 1869 por M. Franco, en los aluviones del río Juchipila, cerca de Teúl, en el extremo sur del estado (Figura 1, localidad 12). Consistió en un artefacto fabricado en sílex en forma de hacha de mano en miniatura, encontrada en sedimentos fosilíferos del Pleistoceno superior; descrita primeramente por Hamy en 1878 y 1884 (Cuadro 1: No. 12).

4. Estado de México. Este hallazgo se realizó en el Tajo de desemboque del canal de desagüe en Tequixquiac, región de Zumpango en el extremo norte de la Cuenca de México, en 1870 (Figura 2, localidad 9); consistió en el hueso sacro labrado de un camélido fósil, que representa una cabeza de animal (Figura 3), encontrado *in situ* en sedimentos del Pleistoceno superior, a 12 metros de profundidad, por Tito Rosas y Mariano Bárcena. La pieza según Luis Aveyra, estuvo perdida en las últimas décadas del siglo XIX y redescubierta en 1956, en una colección particular. Las primeras descripciones fueron realizadas por Orozco y Berra en 1880; Chavero en 1881; Bárcena en 1882, 1897 y Herrera en 1893. Otros autores se ocuparon de su estudio ya entrado el siglo XX, pero el más acucioso fue realizado por Aveyra en 1979 (Cuadro 1: No. 48). En 1954, se informó del hallazgo de “artefactos adicionales indiscutiblemente asociados a la fauna del yacimiento [...] dicha fauna parece pertenecer a las facies anteriores a la [...] Formación Becerra” (Dirección del INAH, 1956).

5. Distrito Federal. El hallazgo consistió de huesos humanos mineralizados, incluidos en roca, encontrados en las inmedia-



Figura 1. Ubicación de localidades citadas. Tomado de Aveleyra (1962).

ciones del Peñón de los Baños (Figura 3, No. 11), por el coronel Adolfo M. de Obregón y Antonio del Castillo en 1884, mediante exploración practicada en el lugar (Cuadro 1). Los primeros estudios los hicieron Bárcena 1885, 1887; Bárcena y del Castillo 1887; Newberry, 1887 (Cuadro 1).

6. Estado de México. Se cita el hallazgo de impresiones de pies humanos sobre roca, realizado por los señores Antonio del Castillo y J. Sánchez en 1891, en la serranía de Rincón de Guadalupe, cerca de Amanalco de Becerra, Estado de México (Figura 1, localidad 27). Fueron estudiadas primeramente por Sán-

chez en 1897. Otros autores realizaron algunos estudios en el siglo XX (Cuadro 1: No. 30).

7. Estado de México. Otro hallazgo, consiste en una mandíbula humana infantil aparentemente asociada a restos fósiles de equinos del Pleistoceno Superior en las cercanías del poblado de Xico al sur de la cuenca de México (Figura 2, localidad 1), fue descubierta en fecha anterior a 1893 y estudiada en su momento por Herrera en el mismo año; se ocuparon de ella otros autores (Cuadro 1: No. 31).

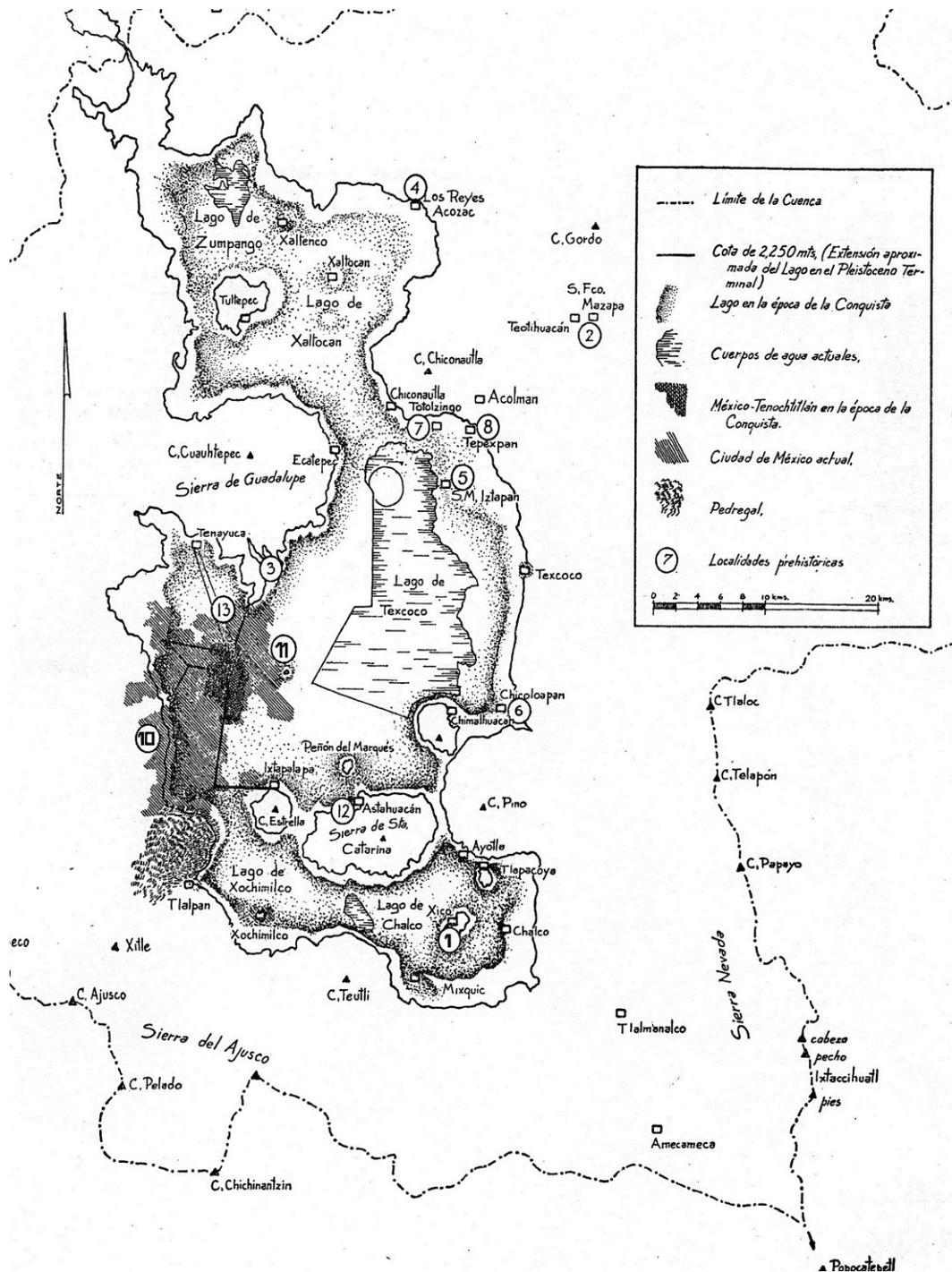


Figura 2. Localidades citadas de la cuenca de México. Tomado de Aveleyra (1962).

PALABRAS FINALES

Para comprender el desarrollo de la paleoantropología en Europa es necesario remitirnos aunque de manera somera, a la situación prevaleciente en ese continente respecto a las ideas relativas al surgimiento del ser humano. Puede decirse que la Revolución Francesa contribuyó al avance de la ciencia, al romper de manera definitiva las ataduras del dogma eclesiástico, que impedía a los estudiosos manifestar sus ideas de manera abierta. Sin embargo, se debe recordar que el pensamiento religioso aún era predominante en el siglo XIX. La religión planteaba un origen divino basado en las ideas bíblicas sobre la creación del universo y del ser humano. Esto era así, a pesar que desde el siglo XVIII, Linneo (1707-1778), ubicó al ser humano en el lugar más alto en su esquema de clasificación del reino animal con la denominación de *Homo* y de que, en 1809, Lamarck, el genial fundador del transformismo, encaró en su Filosofía Zoológica la posibilidad de un origen animal del hombre a partir de un antepasado cuadrumano, idea revolucionaria que tuvo que esperar cincuenta años hasta la aparición de la teoría de la evolución para ser tomada en cuenta, Darwin, al igual que Wallace, ya entrado el siglo XIX (1859), emitieron una nueva teoría con base en la selección natural, que planteaba que las especies evolucionan, esto es, son dinámicas, no estáticas y cambian con el tiempo, la cual repercutió en los campos más diversos del conocimiento (Manzano *et alii*, 2008).

Dada la influencia del pensamiento religioso prevaleciente, la teoría de Darwin-Wallace, fue recibida con recelo, y provocó escándalo en la sociedad victoriana de Inglaterra. No obstante esta situación, había interés creciente de los naturalistas por conocer la diversidad de los seres vivos, lo cual planteaba nuevos interrogantes que no encontraban respuesta en el esquema teológico (Manzano *et alii*, 2008). Estas teorías provocaron grandes polémicas, pero también situaciones chuscas, por ejemplo, se dice que la esposa del obispo de Worcester exclamó: “Querido, ¡descendemos del mono! Esperemos que no sea cierto; pero si lo fuera, recemos para que no se entere todo el mundo” (Leakey 1985). Este estado de cosas sobre la evolución de los seres vivos a lo largo de la historia de la Tierra, constituyó un punto nodal:

“No es ni mucho menos un asunto trivial. Estaba en juego toda una concepción del mundo, con consecuencias múltiples desde el punto de vista filosófico, moral y científico. Representa también un momento clave en la sinergia entre la geología, como herramienta esencial para el conocimiento del mundo inorgánico, y la biología, en su papel de ciencia que nos permite

desentrañar el complejo mundo de lo orgánico. O como se diría en la época a la que nos estamos refiriendo, la relación entre el mundo animado y el inanimado” (Calvo, 2011).

A fines del siglo XIX y principios del XX se contaba con un número suficiente de restos óseos del “hombre de Neanderthal”, por ejemplo, en 1848 la calota del peñón de Gibraltar y en 1856, la calota y algunos huesos largos del valle de Neander, que fueron los primeramente encontrados, de donde se deriva el nombre de esta especie: hombre de neandertal. En 1899, se hallaron 14 cráneos en Yugoslavia, así también la famosa mandíbula de neandertal en La Naulette, Bélgica, entre otros, que permitió integrarlos en una misma especie, la cual se supuso antecesora del ser humano.

El hallazgo de evidencias materiales del ser humano (restos óseos e implementos) asociados a fauna extinta, contribuyeron a cambiar las ideas acerca del origen de la humanidad y confirmar que los seres humanos y las demás especies que habitan el planeta, están sujetas a las mismas leyes de la naturaleza, por tanto, quedan fuera las ideas religiosas para explicar nuestra presencia en el mundo. Esta forma de pensar es acogida en nuestro país por un grupo de pensadores que se plantean el origen de los indios americanos, si bien es cierto, ya desde el mismísimo momento de la llegada de Colón a las Antillas o si se quiere, desde que pisó Cortés por primera vez tierras de lo que hoy es México, dio inicio la discusión acerca del origen de los habitantes del “Nuevo Continente” y es así como, “La Corona española trascendida del sentido teológico [...] se enfrentaba a una situación *sui generis* ¿Qué eran? ¿Quiénes eran los americanos?” (Lorenzo, 1988). En años posteriores ya consolidada la conquista, diversos estudiosos emitieron su opinión al respecto, destaca de entre ellos el jesuita José de Acosta, que Lorenzo califica como “un caso en verdad asombroso”, quien en su obra “Historia natural y moral de las indias” (1590) y “Con los pocos elementos de juicio entonces existentes” y sin salirse del dogma cristiano, fue capaz de expresar: “Este discurso que he dicho es para mí una gran conjetura, para pensar que el nuevo orbe, que llamamos Indias, no está del todo diviso y apartado del otro orbe. Y “[...] que la una tierra y la otra en alguna parte se juntan y continúan o a lo menos se avecinan y allegan mucho [...]. Si esto es verdad como en efecto me lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil que habíamos propuesto, cómo pasaron a las Indias los primeros pobladores de ellas, porque de decir que pasaron no tanto navegando por mar como caminando por tierra” (Acosta, 1962).

Es muy interesante lo dicho por Buffon en el siglo XVIII respecto a los orígenes del hombre americano, en su libro *Del hombre*, publicado en 1749 (Buffon, 1986):

“En cuanto a su origen primero, no dudo, independientemente incluso de las razones teológicas, que sea el mismo que el nuestro; la semejanza de los salvajes de América septentrional con los tártaros orientales debe hacer sospechar que vienen antiguamente de esos pueblos. Los nuevos descubrimientos que los rusos han hecho más allá de Kamchatka, de varias tierras y de varias islas que se extienden hasta la parte oeste del continente de América, no dejan ninguna duda sobre la posibilidad de comunicación si estuvieran bien comprobados y si esas tierras estuvieran más o menos contiguas; pero, incluso suponiendo que haya intervalos de mares bastante considerables, ¿no es muy posible que los hombres hayan atravesado esos intervalos y que hayan ido por sí mismos a buscar nuevas tierras, o que hayan ido allí por la tempestad?” (Buffon, 1986).

No se sabe si Buffon conocía el libro de Acosta, pero lo que expresa en las líneas antes transcritas es muy sugestivo y en cierta manera se acercan a lo dicho por Acosta. Vemos pues, que ambos autores no estaban muy lejos de lo que ahora sabemos acerca del paso de los primeros pobladores a lo que ahora denominamos Continente Americano.

Con relación al interés habido desde hace mucho tiempo por conocer acerca del origen del ser humano en América y en México en particular, Lorenzo (1988), comenta:

Si analizamos el panorama que presenta lo expresado, se ve que, desde muy antiguo, en la Nueva España, luego en México, hubo interés por dilucidar el origen no sólo de los mexicanos, sino también de todos los americanos, con explicaciones dentro del marco teológico imperante. Y agrega: A mediados del siglo XIX hay una ruptura respecto a la anterior posición, en cierto grado ya vislumbrada en el tiempo de la ilustración, aunque todavía supeditada al dogma cristiano.

En nuestro país, durante el siglo XIX, al igual que en Europa, se dio la confrontación entre el dogma religioso y el pensamiento científico, en cuanto al origen del hombre americano. Diversos científicos y pensadores se expresaron en torno a este problema, así se tiene por ejemplo a Ignacio Ramírez que publicó en el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística* en 1872, una memoria sobre “Los habitantes primitivos del Continente Americano”. Con ella, según García Murcia (2017: 78), “[...] no se buscaba discutir el origen [del ser humano], pero sí se pretendía argumentar la forma válida de abordar ese problema. Es decir, se preguntaba cuál era la vía que podía aclarar ese dilema, ¿el dogma, la historia o la ciencia?”. Ignacio

Ramírez rechazaba, la posibilidad de que los dogmas religiosos pudieran explicar el origen del hombre, en especial el americano. No aceptaba la intervención divina en la que la religión basaba sus afirmaciones: “arranquemos al mundo de las manos de la teología para contemplarlo, y no pidamos noticias sobre los indios a un Génesis que no los conoció, y que si los hubiera sospechado, los declararía imposibles”. Para él eran la paleontología y la geología las que podían arrojar luz al asunto, pues consideraba al ser humano como producto de las condiciones climática y ambientales, ya que ambas ciencias tenían la capacidad de mostrar los cambios ocurridos en el planeta a lo largo del tiempo y proporcionar información sobre lugares y momentos en que habrían sido propicias las condiciones para el desarrollo de la especie humana (García Murcia 2017). Ramírez, hasta cierto punto, puede considerarse un visionario, pues son la geología y la paleontología las bases de la paleoantropología actual.



Figura 3. Sacro de Tequixquiac. Tomado de Aveyra (1979, fotografía de Irmgard Groth-Kimball).

Destacados hombres de ciencia continuaron a Ramírez, entre ellos Antonio del Castillo, quien en ese mismo año (1872), emitió su opinión sobre un objeto hallado en Guanajuato, que supuestamente era una cabeza humana fosilizada, haciendo uso de sus conocimientos de geología concluyó se trataba de una geoda, con lo cual, en la práctica se llevaba un proceso de validación de la geología y se respaldaban las convicciones de Ignacio Ramírez (García Murcia 2017). El caso de Antonio del Castillo no fue aislado, los conocimientos geológicos se utilizaron para el estudio de ciertos fósiles hallados en 1884, en el que intervinieron los ingenieros Mariano Bárcena y el mismo Antonio del Castillo, que junto con el médico Jesús Sánchez, realizaron un estudio para evaluar los restos humanos conocidos como “el hombre del Peñón”, que según ellos se trataba de los restos de un esqueleto de hombre adulto y de regular estatura. Es significativo también el trabajo de descripción anatómica de los restos, hecha seguramente por el doctor Sánchez. Aun cuando dichos restos fueron descalificados por Newberry, Nicolás León y Manuel Gamio, como prueba de la existencia de hombres prehistóricos en el Valle de México, debe destacarse la aplicación de conocimientos geológicos y paleontológicos para tratar de explicar, desde el terreno de una ciencia positiva, la antigüedad del hombre americano (García Murcia 2017).

Es de señalarse que a pesar de los esfuerzos por reivindicar a las ciencias naturales, en especial a la geología, existía un escepticismo entre muchos hombres ilustrados. Uno de ellos fue José María Reyes, a quien en 1877, la Sociedad de Geografía y Estadística, le solicitó que “formulara una hipótesis sobre la antigüedad del hombre en América, fundada en datos geológicos existentes”, al respecto, publicó un extenso estudio, en el cual afirmaba tajantemente que la geología no había podido presentar pruebas que aclarasen la antigüedad, y debe suponerse el origen, del hombre americano (García Murcia 2017).

Reyes, propuso otra vía radicalmente distinta para conocer el origen del hombre americano: la historia, que podía ser reconstruida a partir de los registros documentales y de los vestigios de las culturas pasadas. “Consideraba que los objetos de producción humana podrían dar cuenta del desarrollo de las civilizaciones porque al fin el ser humano moderno, del siglo XIX, pudiéndose considerar en la 'edad madura', era el producto del enfrentamiento con la naturaleza”. Él se inclinaba por una visión monogenista del hombre, asociada con una concepción creacionista (García Murcia 2017).

En 1893, Alfonso Herrera presentó el trabajo “El hombre prehistórico en México”, en el que hizo un extenso análisis de

una mandíbula humana infantil hallada en una cantera de Xico, Estado de México, muy próxima al cráneo fosilizado de un caballo. En dicho trabajo hizo una amplia descripción de la mandíbula que incluía gran cantidad de mediciones, que utilizó para hacer comparaciones con fósiles europeos, como el hombre de Chancelade y algunos grupos humanos actuales, entre ellos beréberes, hindúes, egipcios, malayos, polinesios, chinos, etcétera, con el fin de encontrar un vínculo con tales grupos “No obstante tal esfuerzo comparativo, Herrera no pudo encontrar el vínculo buscado, lo cual no le impidió continuar con su trabajo de análisis para aclarar, en alguna forma, la existencia o no del hombre prehistórico en México; e inclusive recurrió a análisis químicos tanto de la mandíbula como al cráneo del caballo para contar con una referencia. El resultado fue que al resto humano de Xico se le asignó “una edad considerable”, sin especificar cuál (García Murcia 2017).

CONCLUSIONES

Se puede decir que las actividades realizadas en México relativas a la búsqueda del “Hombre temprano”, coinciden con el nacimiento de la antropología física en nuestro país; ambos acontecimientos se enmarcan en los inicios de la paleoantropología y la antropología física en Europa. Dichas actividades fueron impulsadas, sin proponérselo, por la expansión del capitalismo y neocolonialismo. Específicamente, durante la ocupación de nuestro país por el ejército de Napoleón III de Francia entre los años 1862-1867, en tres de los cuales (1864-1867) gobernó parcialmente Maximiliano de Habsburgo y, a raíz de estos acontecimientos durante el transcurso de este gobierno, se formó la Comisión Científica Francesa en México (1864), que propició una serie de investigaciones en nuestro territorio, entre ellas las relativas al tema que estamos tratando, mediante la pregunta ¿Vivió el hombre en una época geológica anterior a la actual? Contenida en las instrucciones etnológicas para México, y en las cuales, con el ánimo de dar una respuesta a esta pregunta, se propusieron excavaciones en las cavernas, ya que “[...] la presencia de instrumentos de sílex tallado, de huesos trabajados, etcétera, junto a restos óseos de especies extinguidas en tales regiones, equivaldría –para la solución del problema– al hallazgo de los propios huesos humanos” (Comas, 1962). Como podemos ver la influencia francesa fue la más significativa en nuestro país durante esa época (Serrano y López Alonso, 1988). Todos estos acontecimientos más la discusión del darwinismo en el medio científico mexicano y la celebración en México del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, influyeron cada uno en su tiempo, en el

Cuadro 1. Localidades en las cuales se encontraron evidencias fósiles durante el siglo XIX

Estado	Tipo de hallazgo	Localidad	Fecha del hallazgo	Estudiado por	Número ²
Guanajuato	Punta de proyectil (“lanza”) de sílex	Cañada del Marfil	1864-1867	Hamy (1878 y 1884)	24
México D. F. ¹	Raedera de sílex	Cerro de Las Palmas, Tacubaya	1864-1868	Hamy 1878-1884 y Aveleyra 1950	52
Zacatecas	Hacha de mano miniatura de sílex	Juchipila, cerca de Teúl	1869	Hamy 1878-1884	12
Estado de México	Hueso sacro de camélido fósil tallado	Tajo de Tequixquiac, Zumpango	1870	Orozco y Berra 1880; Chavero 1881; Bárcena 1882 y 1897; Herrera 1893; Villada 1903; Plancarte y Nevarrete 1923; Cuevas 1940; Aveleyra 1950; Krieger 1956; Wormington 1957	48
México D. F.	Huesos humanos mineralizados	Cerca de El Peñón de los Baños	1884	Bárcena y del Castillo 1887; Newberry 1887; Villada 1903; Hrdlička 1907; Arellano 1946; Maldonado-Koerdell 1947; Aveleyra 1959	53
Estado de México	Impresiones de huellas de pies humanos en roca	Serranía de Rincón de Guadalupe, Amanalco de Becerra	1891	Sánchez 1987; León 1921; Ordóñez 1945; Aveleyra 1950	27
Estado de México	Mandíbula humana infantil	Xico	Fecha anterior a 1893	Herrera 1893; Aveleyra 1950; Heizer y Cook 1959	31

1. En la actualidad Ciudad de México. 2. Se refiere al dado por Aveleyra (1962) en su listado.

interés por los hallazgos relativos a la presencia más antigua del hombre en México.

Puede apreciarse que la mayoría de hallazgos en nuestro país se dan durante la segunda mitad del siglo XIX, específicamente entre los años 1864 y 1887, se concentran (como aconteció en el siglo XX) en la cuenca de México o en sus inmediaciones, únicamente dos se realizaron en otros lugares, uno de ellos en Zacatecas y otro en Guanajuato; por otra parte, aunque la mayoría de estos hallazgos son de autenticidad dudosa y

no todos ellos se refieren a restos humanos, sino a restos de su cultura material o de otro tipo, se consideraron ya que muestran el interés de algunos hombres de ciencia en la búsqueda del “hombre fósil” en México, interés que sin duda se despertó por influencia de los hallazgos realizados en el Viejo Continente.

Por otra parte, son antecedentes que marcaron el inicio de la búsqueda de evidencias tangibles del “Hombre temprano” en nuestro país, incluso hoy en día se ha avivado nuevamente

el interés por el conocimiento del “Hombre precerámico” que ha llevado a realizar una serie de eventos para tratar este tema, no sólo en lo que concierne a México, sino a América en general, como es el caso del “Simposio Internacional del Hombre Temprano en América”, el primero se celebró del 7 al 9 de agosto de 2002 (Jiménez *et alii*, 2006), del cual van ya ocho ediciones, cuyo principal promotor fue el Antropólogo físico José Concepción Jiménez López† de la Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y su más cercano antecedente se remonta 15 años atrás, en el seminario Orígenes del Hombre Americano, realizado del 22 al 26 de julio de 1987, coordinado por Alba González Jácome (González, 1988).

Por último, es conveniente señalar que uno de los más destacados investigadores en el campo de la Prehistoria en nuestro país fue don Pablo Martínez del Río, creador del Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia donde “[...] aglutinó y dio forma a las inquietudes de algunos jóvenes investigadores de la arqueología mexicana” (Lorenzo, 1987). Otro más, fue el propio José Luis Lorenzo, apasionado estudioso de la Prehistoria, introdujo la técnica de excavación mediante el uso de las coordenadas cartesianas tanto en la arqueología como en la Prehistoria. Fue nombrado jefe del Departamento de Prehistoria del INAH en 1961, cargo que desempeñó hasta 1978, donde su labor como impulsor de las investigaciones prehistóricas en México quedó evidenciada al “[...] imprimir a la investigación un enfoque interdisciplinario y totalizador” (Mirambel y Pérez, 1989). Con él el Departamento alcanzó un reconocimiento no únicamente nacional, sino internacional.

El maestro Lorenzo, fue precedido por el maestro Arturo Romano Pacheco en la dirección del Departamento de Prehistoria en los años 1957-1961, durante cuya gestión se realizaron diversas exploraciones y rescates de restos fósiles de mamut dirigidas por él mismo (*e.g.* Tepexpan y San Vicente Chicoloapa, Estado de México; San Bartolo Atepehuacán, San Jerónimo y calzada de Tlalpan, Distrito Federal [hoy Ciudad de México]; Valle de los mamutes, Xicotencatl, Tamaulipas; de gliptodonte en Ciudad Satélite, Estado de México, y de restos óseos humanos precerámicos en el Peñón de los Baños, Distrito Federal) (Jaén *et alii*, 1998).

Es de lamentar que este departamento lo hayan desaparecido de la estructura orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia, pues durante su permanencia propició numerosas investigaciones encaminadas a la búsqueda de evidencias tanto óseas como culturales del “Hombre Tempra-

no” en nuestro país, las cuales prácticamente se han suspendido, o son muy esporádicas. Curiosamente, poco después de su desaparición se le otorga al INAH la custodia, investigación y difusión del patrimonio paleontológico, para lo cual los directivos de la institución tuvieron que crear el Consejo de Paleontología, cuya presidenta actual es la M. en C. Felisa Josefina Aguilar Arellano.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es resultado del interés del autor por conocer la situación que prevalecía en Europa acerca del origen del ser humano, y en México, por saber de los primeros pobladores de América, en especial los de nuestro país. Debo decir que la idea surgió a raíz de la lectura que realicé del trabajo del Dr. Luis Avelayra Arroyo de Anda: “Antigüedad del hombre en México y Centroamérica. Catálogo razonado de localidades y bibliografía selecta”. La conclusión del artículo no hubiera sido posible sin las atinadas sugerencias, observaciones y críticas, que amablemente hicieron los lectores del manuscrito, entre ellas las del maestro Francisco Javier Jiménez Moreno, quien hizo su primera lectura; así como las del árbitro anónimo que emitió su evaluación. De igual manera agradezco al Instituto Nacional de Antropología e Historia y a su dependencia El Centro INAH-Puebla, por las facilidades que en todo momento me han brindado para llevar al cabo mis investigaciones; al Dr. Gerardo F. Carbot Chanona, por considerar el trabajo para su publicación en la prestigiada revista LUM, así como por sus comentarios y observaciones.

LITERATURA CITADA

- Acosta J. de, 1962. *Historia natural y moral de la Indias*. Fondo de Cultura Económica, México: 444 pp.
- Arambourg C., 1961. *La génesis de la humanidad*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), Buenos Aires, Argentina: 79 pp.
- Avelayra Arroyo de Anda L., 1962. *Antigüedad del hombre en México y Centroamérica. Catálogo razonado de localidades y bibliografía selecta (1867-1961)*. Universidad Nacional Autónoma de México, México. (Contribución al XXXV Congreso Internacional de Americanistas; México, D. F., agosto de 1962): 72 pp.
- Avelayra Arroyo de Anda L., 1979. *El sacro de Tequiquiac Estado de México*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, México: 84 pp.
- Buffon, conde de (Georges Louis Leclerc), 1986. *Del hombre. Escritos antropológicos*. Fondo de Cultura Económica, México: 318 pp.
- Calvo Sorando J.P., 2011. Introducción (al libro de Lyell), en: *Elementos de Geología*. Crítica Barcelona, España: 9.
- Comas J., 1962. *Las primeras instrucciones para la investigación antropológica, en México: 1862*. Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Antropológica No. 16. Universidad Nacional Autónoma de México, México: 43 pp.
- Comas J., 1976. *Manual de antropología física*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México: 710 pp.

- Dirección del INAH, 1956. Información general de las actividades del Instituto Nacional de Antropología e Historia durante el año de 1954. *Prehistoria. Anales del INAH*, 8 (37): 12-13.
- Eldredge N. & Tattersall I., 2016. *Los mitos de la evolución humana*. Fondo de Cultura Económica, México: 192 pp.
- Gamio M., 1982. *Forjando patria*. Porrúa, México: 210 pp.
- García Murcia M., 2017. *La emergencia de la antropología física en México. La construcción de su objeto de estudio (1864-1909)*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, Proyecto Templo Mayor, México: 238 pp.
- Genovés S., Pijoán C.M. & Salas M.E., 1981. El hombre temprano en México. Panorama general. X Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Actas, México.
- González Jácome A., 1988. *Orígenes del Hombre Americano*. Cien de México, Secretaría de Educación Pública, México: 359 pp.
- González S., Jiménez López J.C., Hedges R., Pompa y Padilla J.A. & Huddart D., 2006. Early humans in Mexico: New chronological data, en: Jiménez López J.C., González S., Pompa y Padilla J.A. & Ortiz Pedraza F. (coords.), *El hombre temprano en América y sus implicaciones en el poblamiento de México*. Primer Simposio Internacional. México: 12-13.
- Jaén Esquivel Ma. T., López Alonso S., Márquez Morfín L. & Hernández Espinoza P.O. (eds.), 1998. *Tiempo, población y sociedad. Homenaje al maestro Arturo Romano Pacheco*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 798 pp.
- Jiménez López J.C., González S., Pompa y Padilla J.A. & Ortiz Pedraza F. (coords.), 2006. *El Hombre temprano en América y sus implicaciones en el poblamiento de México*. Primer Simposio Internacional. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 274 pp.
- Lagunas Rodríguez Z., 2010. *Población, migración y mestizaje en México: época-prehispánica época actual*. Premios INAH, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México: 413 pp.
- Lagunas Rodríguez Z., 2002. La antropología física qué es y para qué sirve. *Ciencia*, 53(4): 12-23.
- Leakey R.E., 1985. *La formación de la Humanidad I*. Orbis, Barcelona, España: 160 pp.
- Leakey R.E. & Lewin R., 1980. *Los orígenes del hombre*. Aguilar, Madrid, España.
- León N., 1919. Historia de la antropología física en México. *American Journal of Physical Anthropology*, 2: 229-264.
- Lorenzo J.L., 1987. La etapa lítica en México. *Antropología (ne)*, 12: 16-20.
- Lorenzo J.L., 1988. Historia de la prehistoria en México, en: González Jácome A. (compiladora), *Orígenes del hombre americano* (seminario). Cien de México. Secretaría de Educación Pública. México: 21-37.
- Manzano C., Pardo Alvarado Z.V., Torres Payán J.E., Soberanes Cobo M.; Romero García E.; Landeros Jaime T. & Vera Cortés J.L., 2008. Naturaleza humana y paleoantropología. Historia de una polémica. *Mirada Antropológica (ne)*, 7: 84-110.
- Mirambell L. y Pérez J.A., 1988. Semblanza de José Luis Lorenzo, en: Mirambell L. (coord.), *Homenaje a José Luis Lorenzo*. Colección Científica 188. Serie Prehistoria. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México: 7-37.
- Reader J., 1982. *Eslabones perdidos. En busca del hombre primigenio*. Fondo Educativo Interamericano, México/Bogotá/Caracas/Santiago/San Juan/Panamá: 273 pp.
- Romano A., 1964. Restos humanos precerámicos, en: XXXV Congreso Internacional de Americanistas. México 1962. Actas y Memorias 3, México: 61-64.
- Romano A., 1974. Restos óseos humanos precerámicos, en: Romero Molina J. (coord.), *Antropología física época prehispánica, México panorama histórico y cultural*. Departamento de Antropología Física, Instituto Nacional de Antropología e Historia, SEP/INAH. México: 29-81.
- Sánchez M.A., 1978. Tras los orígenes del hombre. *Revista de Geografía*, 6(1): 100-127.
- Serrano C. & López Alonso S., 1988. Los aportes de la antropología física europea, en: García Mora C. (coord.), *La antropología en México. Panorama Histórico. 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*. Colección Biblioteca del INAH. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México: 203-222
- Shreeve J., 2010. El camino evolutivo. *National Geographic en Español*. 27(1): 3-39.
- Sonneville-Bordes D., 1964. *La edad de la piedra*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), Argentina: 119 pp.

Recibido: 27 de diciembre de 2021

Aceptado: 26 de abril de 2022